

La imágen de la Reina de Italia iba grabada de una manera indeleble en el alma de Oton I.

Jamás habia visto éste una mujer que reuniese tantos encantos, y admiraba igualmente su belleza, y la belleza de su alma, cuya fama, pues no se ignoraba la santa paciencia con que habia sobrellevado todas sus persecuciones, se extendia por toda Europa.

El Emperador, al frente de su ejército, marchó sobre Pavia á la que redujo á la obediencia, y no habian pasado dos meses cuando toda la Italia le habia reconocido ya como su legítimo soberano y señor.

Berenguer se le sometió igualmente, y se amparó de su clemencia con más bajeza que humildad: Oton, que era verdaderamente grande, le concedió la posesion del mismo reino que habia usurpado, á condicion de que fuese tributario suyo.

Oton, al obrar así, era porque ya estaba decidido á casarse con Adelaida, ciñendo las sienes de ésta con la corona de Emperatriz

Su impaciencia por volver á verla era tal que no pudo resistir por largo tiempo ni áun los mismos intereses de la guerra, y se hizo anunciar de vuelta á la misma Adelaida.

Esta vivia entónces pacífica y feliz al lado de su hija Eruma, que, sin haber sido dotada por el cielo con la admirable belleza de su madre, era una niña encantadora; tenia la tez lijeramente morena de las italianas, y los ojos azules, lo que formaba un contraste singular, aunque muy agradable; sus cabellos, negros como sus ojos y pestañas, y su boca fresca y encendida, la hacian un tipo encantador y lleno de gracia.

Adelaida hubiera deseado que la dejaran en la quietud y en la soledad; tantas desgracias, tantas injurias como habia sufrido, habian apocado su ánimo y la habian hecho cobrar un apego invencible á las cosas del cielo; desengañada de la pequeñez de todas las grandezas de este mundo, las despreciaba profundamente y pasaba algunas horas del dia entregada á la oracion.

Otro efecto llenaba el alma de Adelaida, además de su amor de madre; el que profesaba á su hermano Conrado, quien, ya restablecido de su penosa enfermedad, se disponia á correr al socorro de su hermana, cuando ésta fué libertada por el clérigo Martin y las buenas gentes del campo que éste llevó en su ayuda.

Cuando Adelaida se vió libre en el castillo de Canossa, quiso remunerar á sus libertadores.

—Poco os puedo dar, les dijo una noche que los reunió en el salon del castillo; soy pobre ahora, quizá tanto como vosotros mismos, pero mi hermano el Rey de Borgoña me ha enviado algunos socorros que voy á repartiros.

—Señora, repuso Martin, estas buenas gentes han sido remuneradas generosamente por el Papa Agapito II que me dió dinero para ello; en cuanto á mí, lo estoy en demasia con el honor de haber contribuido á vuestra libertad.

—Yo debo y quiero recom. ensaros por mi parte, repuso Adelaida, abriendo una cajita que contenia una crecida cantidad de oro; tomad esto.

Martin se hizo atrás, y todos sus compañeros le imitaron.

—Perdonad, señora, dijo aquel; nada queremos.

—Pero...

—Nada queremos, añadieron algunos de los otros.

—Al ménos, dijo Adelaida, quisiera saber lo que puedo hacer por vosotros.

—Dejarnos que os sigamos donde quiera que vayais.

—Pobres gentes, exclamó la Reina enternecida; ¿qué habeis visto en mí que os haya inspirado tan tierno y tan desinteresado amor?

—¿Qué hemos visto? respondió uno de los rústi-

cos por todos; hemos visto que cuidais á los enfermos del castillo como una verdadera hermana de la caridad; que, aunque debeis tener mucho miedo de volver á caer en las manos de vuestros enemigos, salís cada noche, sola, ó acompañada únicamente por dos de nosotros, á visitar á nuestras esposas y nuestros hijos en sus cabañas; eso, señora, no se puede olvidar nunca, y queremos seguiros á todas partes.

—¡Ay! exclamó Adelaida; pobres leales que habeis compartido hasta ahora la suerte de la prisionera, ¿quién sabe si yo recobraré algun dia mi libertad? ¿Quién sabe si estoy condenada á vivir aquí eternamente? Pero no importa; sea mi suerte la que quiera, vosotros participareis de ella, yo os lo aseguro.

Un fuerte extruendo de atabales y trompetas, que se oyó á la parte exterior de la fortaleza, interrumpió á la Reina.

Todos los habitantes del castillo se sintieron poseidos, al oírle, de un invencible terror.

—¡Berenguer! ¡Berenguer! gritaban corriendo á las armas con los rostros pálidos y contraídos por la ira y por el terror.

—¡Berenguer! ¡Berenguer! repetían las mujeres estrechando á sus hijos contra el seno y corriendo á ocultarse.

Sólo la Reina conservó su admirable valor, y

era verdaderamente prodigioso ver á aquella joven, delicada y esbelta, alentar á tantos hombres de continente rudo y casi feroz con el ejemplo de su tranquilidad y sangre fría.

—¡No temais! decía á las mujeres; Dios está con nosotros y no me quitará la libertad ahora que la necesito para velar por mi hija, pero si fuese su santa voluntad volverme á la prision, acatémosla con respeto; el que no desampara á los pajarillos y envía el rócío á la yerbecilla más pequeña de los campos, no se olvidará de mí.

Aquellas palabras calmaron algun tanto á las afligidas gentes, y el terror acabó de disiparse cuando los guardias del castillo alcanzaron á divisar desde las troneras la bandera de Oton I.

—¡El Emperador! ¡El Emperador!

Este grito de júbilo recorrió bien pronto la fortaleza de Canossa y devolvió la tranquilidad á todos los ánimos.

Bajáronse los puentes levadizos, y Oton entró con gran parte de las tropas que le seguían.

El resto acampó en la extensa llanura en donde se levantaba la fortaleza.

Adelaida, llevando á su hija de la mano, salió á recibir al magnánimo Emperador, al magnífico peristilo del castillo, y cuando llegó Oton al fin de la escalera, ella dobló una rodilla y quiso besarle la mano.

—Permitid, señor, dijo Adelaida, á una madre agradecida, que os exprese, aunque de un modo muy imperfecto, lo mucho que os debe; permitidle que os dé gracias con toda la efusion de su alma.

—¿Qué es lo que yo he hecho que las merezca? preguntó el Emperador levantando con bondad á Adelaida. ¿No es deber de todo buen caballero el amparar á la mujer desvalida, á los niños y á los ancianos? Señora, el que cumple con su deber no merece ni elogio ni recompensa.

—¡Ah! exclamó Adelaida; ¡cumplen tan pocos!

—Es porque ignoran la satisfaccion de que se privan; si la gustasen una sola vez, jamás renunciarían á ella por su propia voluntad.

—Venid y os instalaré en vuestras habitaciones, señor, dijo Adelaida haciendo señal á dos pajes de que caminasen delante de ella con hachas encendidas, pues empezaba á cerrar la noche; debeis necesitar de descanso.

—Os obedezco, dijo Oton; ahora me retiraré á descansar; pero ántes os ruego que me digais á qué hora podreis concederme mañana algunos momentos de audiencia.

—Yo estoy á vuestras órdenes, dijo Adelaida con respeto; elegid, señor, la que más os cuadre á vos.

—Os veré, pues, así que me levante.

Inclinóse Adelaida, y precedida de algunos pajes que alumbraban, y seguida de muchos escude-

ros, fué á hacer al Emperador los honores del castillo que ocupaba como soberana.

A la siguiente mañana y apenas el sol habia andado la tercera parte de su carrera, el Emperador envió á uno de sus pajes á preguntar á Adelaida si le era posible recibirle.

Contestóle que le esperaba.

Un instante despues, entró Oton I, saludó á la Reina, y, con una señal, hizo que toda su comitiva se retirase á los piés del salon.

—¿Qué sucede? preguntó Adelaida que se habia acostumbrado ya á temblar por todo; ¿ocurre alguna desgracia, señor? ¿Mis enemigos, aquellos que han despojado á mi hija del reino de su padre van á perseguirme de nuevo? ¿Teneis alguna infausta noticia que comunicarme?

—Tranquilizáos, señora, repuso Oton que parecia cortado y tímido como un adolescente; vuestros enemigos están sometidos del todo; os dejarán en la más completa paz y en la más absoluta quietud; vengo á noticiaros una cosa y no quisiera que os afligiese.

—¿Y cuál es?

—¡Temo deciroslo!

—Confiad en mi valor, dijo la Reina que, á pesar de todo, habia palidecido; pero hablad pronto.

—Pues bien, lo que quiero deciros es..... ¡que os amo!

La Reina miró asombrada al Emperador.

—Os amo, repitió éste, y vengo á deciros que, si aceptais mi mano, me consideraré el más afortunado de los hombres.

Adelaida bajó la cabeza, ruborizado su semblante con ese precioso color que es una de las mayores galas de la mujer virtuosa.

—¡Desgraciada de la mujer que no se ruboriza!

—Señor, respondió, vos me honrais más de lo que merezco y voy á responder con la sinceridad de que es digno vuestro noble proceder; he amado con pasión á mi perdido Lotario, y no os puedo dar ya las floridas primicias de mi corazón... pero si una affection sincera y tierna os puede satisfacer, si mis cuidados y amor, ya que no mi pasión, os bastan, vuestra es mi mano.

—¡Mia es, pues! exclamó Oton alborozado; y os suplico que marcheis á Pavia donde me reuniré á vos y nos unirá un sacerdote.

—Esperad aún, repuso Adelaida, y permitidme os advierta que no quiero separarme nunca de la princesa mi hija; que deseo fijeis su suerte y aquello con que puedo contar para dotarla; perdonad, señor, estos cuidados á una madre.

—Yo os pido sólo que empleeis los mismos cuidados para los nuevos hijos con que os favorezca el cielo; y ahora oid lo que tengo intencion de hacer por Eruma; podia haberle devuelto la corona de su

padre, pero he preferido dejársela á Berenguer que os pagará á vos, para vuestra hija, un crecido tributo; es decir, que el actual Rey es el primer vasallo de la Princesa; además, he perdido ya para ella la mano del príncipe Lotario, hijo del rey de Francia; hasta la época de los esponsales, la Princesa vivirá á nuestro lado y será nuestra hija.

—¡Ah, señor, quién podrá no amaros! exclamó la Reina vertiendo lágrimas de gratitud; no dudeis, no dudeis de la verdadera y reconocida ternura que os profesa mi corazón. ¡Mañana partiré para Pavia y seré dichosa en llamarme esposa vuestra cuando sea de vuestro agrado!

—Inmediatamente, repuso Oton, sereis coronada Emperatriz de Alemania; preparaos, Adelaida, á ser al mismo tiempo que mi esposa, mi amiga y mi consejera; ninguna resolución tomaré sin consultaros, porque hay en vos alguna cosa celestial que me subyuga y que me cautiva de un modo absoluto. ¡Sí, Adelaida, vos sereis árbitra de mis pueblos y me aconsejareis en mis empresas! Ahora quedad con Dios y permitidme que me retire para hacer los preparativos de mi dicha.

Oton salió de la estancia llevando en el rostro una expresion tal de alegría, que todas las personas de su séquito le centemplantaron admirados.

Adelaida se preguntó á sí misma la causa de aquella dulce alegría que experimentaba, de aquella

intima satisfaccion que llenaba su alma, y la atribuyó á la certeza de tener ya asegurada para siempre la suerte de su hija.

Pero era otra además la causa de su contento, causa que se escapaba á su inocencia; era que el amor se habia deslizado en su corazon sin que ella lo advirtiese, conducido por los nobles procedimientos del Emperador, y habia sido la luz que alumbraba la oscuridad de su destino.

## XII.

Adelaida, dejando á Eruma al lado de la fiel Gosvinta y de algunos leales servidores en el castillo de Canossa, salió para la ciudad de Pavía.

Oton I salió á recibirla con gran pompa y le presentó las llaves de la ciudad en una rica bandeja de oro.

Adelaida fué llevada casi en triunfo al palacio, en cuya capilla se unió al dia siguiente con el rey de Sajonia, al año justo de su viudez.

Oton I era viudo y tenia un hijo jóven, gallardo y valeroso llamado Luitulfo, que habia ayudado á su padre en todas sus conquistas y ruidosos hechos de armas.

El Príncipe fué tambien con su padre á libertar á Adelaida, y léjos de llevar á mal su segundo casamiento, se alegró sinceramente de aquella eleccion.

Pocos dias despues del casamiento del Rey de Sajonia con Adelaida, el mismo Luitulfo fué á buscar á la Princesa Eruma y á Gosvinta al castillo de

Canossa, trayéndolas al palacio donde residian su padre y la nueva esposa de éste.

Algunos meses pasaron en Pavía, y Oton, que deseaba acabar la conquista de la Italia, y la de Alemania, emprendió con su esposa una larga visita. seguro de que la sola vista de aquella hermosa y joven reina, tan benéfica y tan dulce, haria más que todos los combates de sus tropas.

La fama de las virtudes de Adelaida y del martirio que le habian impuesto, cuando perdió á Lotario, se habia difundido por toda la cristiandad y todo aquel país ansiaba conocerla; levantáronse, para recibirla, arcos de triunfo y en todas partes tomó el contento las formas más vivas y más verdaderas.

Todo el país, que Oton deseaba conquistar, la aclamó por soberana; y, como éste habia pensado muy bien, su vista sola consiguió más que un formidable ejército.

Poco despues de la union de Adelaida con Oton, el Papa Agapito II fué llamado á mejor vida.

Sucedióle en la silla de San Pedro, Juan XII, y el feroz Berenguer, viendo que en Agapito habian perdido los reyes de Sajonia uno de sus más celosos defensores, se olvidó de sus promesas y empezó á talar los fértiles campos que debia tener en tributo.

Negóse á pagar todo lo que debia, y así mismo se negó á obedecer á Oton y á Adelaida como tutores de Eruma, declarándose en abierta rebelion.

Hallábanse en Roma Oton y Adelaida con el príncipe Luitulfo, y una noche, ya á hora bastante avanzada, recibió Adelaida un mensaje de Su Santidad, Juan XII, en que se la encargaba pasase al instante á verle.

—¿Qué puede ser? preguntó sobresaltada la Princesa; ¿qué sucederá?

—Nada malo, respondió Oton; vé y que Luitulfo te acompañe.

La Reina fué al palacio de Juan XII.

Halló sólo al Pontífice; era un hombre grave y hasta duro; su voluntad de hierro se imponia como un dogal terrible que ninguno de sus vasallos podia separar de su cuello.

—Os he llamado á vos sola, hija mia, dijo, echando sobre Luitulfo una mirada severa; ¿por qué viene el Príncipe á acompañaros?

—Tal ha sido, señor, la voluntad de su padre, repuso Adelaida.

—¡Y la vuestra!

—Tambien, repuso la Reina con firmeza; no puedo tener otra que la de mi esposo y señor.

Juan XII permaneció silencioso y como pensativo durante algunos instantes, y despues dijo:

—Bien pensado, poco me importa que esté delante el Príncipe; de él iba á hablaros.

—¡De él! repitió asombrada Adelaida.

—Sí, de él; es preciso que persuadais á su padre

para que lo envíe á refrenar las demasías de Berenguer.

—¡Yo! exclamó la Reina, ¿yo aconsejar á mi marido que envíe á su hijo á sujetar á esa fiera sanguinaria? ¡Jamás, padre mio, jamás!

—¿Y por qué no, si es conveniente, señora? preguntó Luitulfo acercándose; ya sabéis que me he criado entre los combates.

—No importa, Príncipe; jamás será mi mano la que os empuje á otro nuevo y más terrible que ninguno.

—¿Qué puedo perder en él? preguntó Luitulfo.

—¡La vida, sí, Príncipe! yo os lo predigo. Si marcháis contra Berenguer os costará la vida.

—La vida de un guerrero es de Dios y de su patria, dijo severamente el Papa; Berenguer ultraja todos los días á nuestra sacrosanta religion y ultraja á Oton faltando á todas sus promesas; además, el pleito homenaje que se niega á rendir, pertenece á vuestra hija, señora; y no esperaba jamás hallaros tan mala madre.

—¡No quiera el cielo que yo busque jamás el engrandecimiento de mi hija en la guerra, en la destruccion, en la muerte! exclamó Adelaida; no quiero para ella un reino que ha de emparar tanta sangre inocente; padre mio, señor... perdonad que me niegue á hablar de esto con el Rey; yo bendigo á Dios que no le ha enviado aún tan horrible idea.

—Yo se lo diré, pues, señor, dijo Luitulfo acercándose á Juan XII; él no puede dejar este país, que acaba de someterse á su yugo; yo soy quien debe ir á castigar á ese redelde.

—¡No... no lo hagais! exclamó Adelaida juntando las manos; nunca me consolaria de vuestra muerte... porque no lo dudeis... Luitulfo, morireis á manos de esa fiera.

—Moriré al ménos con honor; esa es la suerte que he anhelado siempre.

—Príncipe, exclamó Adelaida levantándose; si apreciáis mi tranquilidad, os conjuro á que no dispongais de vuestra suerte de ese modo; al ménos, porque es el pretesto de la guerra que vais á emprender mi hija Eruma, vivid en la paz; vos no sabéis el remordimiento que me durará en tanto viva si perdeis la vida á manos de ese usurpador feroz y sanguinario; dejadle, ¡Dios nos vengará!

La Reina, dichas estas palabras, salió y se dirigió á su palacio. Luitulfo se quedó al lado del Papa, obedeciendo á una señal de éste.

—¿Qué sucede? preguntó Oton á su esposa al llegar ésta á su presencia; ¿qué hay de nuevo?

—Hay, señor, respondió Adelaida, una gran desgracia; el Papa quiere que vaya vuestro hijo Luitulfo á castigar la rebeldía de Berenguer.

—Lo mismo quiero yo, respondió el Rey, hace ya largo tiempo que me digo á mí mismo que el Prin-



cipe ó yo debemos ir á castigar las demasías de ese miserable; las atenciones que me rodean no me permiten ir á mí; así, pues, partirá él.

—¡Reflexionad, dijo la Reina, que le puede costar la vida esa funesta empresa; vos no sabeis cuál es el fiero valor de Berenguer, ni sus sanguinarios instintos... pensad en que le perdereis!

Luitulfo entró en aquel instante. Adelaida, no queriendo ya emplear más súplicas inútiles, salió de la estancia y fué á llorar á solas el triste destino de aquel jóven Príncipe.

La suerte estaba decidida; algunos dias despues, Luitulfo, al frente de un brillante cuerpo de ejército, marchó contra Berenguer y su hijo Adalberto, para recordarles todas las promesas que parecian haber olvidado.

El primer encuentro fué para el Príncipe una señalada victoria; lo mismo sucedió con el segundo y tercero, pero al cuarto quedó sin vida sobre el campo de batalla.

Adelaida sintió vivamente aquella pérdida; su corazón le habia anunciado que Oton jugaba á su hijo en la contienda; en cuanto al desgraciado padre, sólo pensó en la venganza; envió á Adelaida, que se hallaba en cinta á Alemania, y él partió con nuevas tropas para castigar á los rebeldes.

## XIII.

Adelaida fué recibida con grandes demostraciones de júbilo; hospedóse en la ciudad de Magdeburgo y se hicieron públicos regocijos para celebrar su llegada, que á todos colmó de gozo.

Algunas ciudades rebeldes al rey Oton se le sometieron, sólo porque Adelaida fuera su soberana, y el imperio quedó siendo propiedad de los dos esposos.

Allí dió á luz la Emperatriz á su hijo primogénito Oton, que despues reinó con el nombre de Oton II, y la Alemania le aclamó sucesor del imperio, haciendo mil extremos para celebrar su nacimiento.

En tanto, Oton, á quien desde entónces se empezó á llamar el *Grande*, vencía á los rebeldes y vencía la muerte de su hijo con torrentes de sangre.

—«Venid, señor, le escribia la Emperatriz algun tiempo despues del nacimiento de su hijo; venid ya en busca de la dulce paz y del hijo que el cielo, al quitaros otro, os ha enviado; el imperio es vuestro, y os espera; no derrameis ya más sangre, pues de